

El Hombre y su Obra

Por Otto Morales Benítez

Nos congregamos todos aquí, esta tarde, para cumplir un acto de exaltación intelectual. La Universidad Pontificia Bolivariana entrega al Dr. Fernando Gómez Martínez su título de doctor Honoris Causa porque quiere hacer justicia a uno de sus fundadores. Porque desea expresar, en un acto simbólicamente consagratorio, que ella siente su existencia como digna de presentarla, por sus calidades, al aprecio de sus conciudadanos. Y porque ella entiende que así estimula virtudes y da oportunidad a los discípulos para sentir que hay hondos valores espirituales y humanos que reciben su oportuna consagración en la patria, en las letras, en la devoción ciudadana. Ese es el significado primordial de esta reunión en torno a un varón discreto que, con su discursar vital, ha logrado ir adquiriendo una dimensión patricia, en el más hondo y fiel significado antioqueño.

Me siento confundido y agradecido por la escogencia de mi nombre por el Consejo Directivo para que diga estas palabras. Tal vez me servirían de excusa para aceptar alborozadamente este encargo varias circunstancias: la primera es ser un alumno, que no ha cancelado ni su matrícula ni su devoción a los claustros, y que cada vez se siente más unido a ellos. El haber escuchado —en estas aulas— de la voz de Fernando Gómez Martínez las primeras lecciones —que aun perduran hondamente— de devoción a la democracia, cuando nos leía sus lecciones de Derecho Constitucional. Y, luego, con generosidad que no he olvidado en mis andanzas mentales, el que él, como Director de “El Colombiano” me hubiera entregado a los dieciocho años la orientación del Suplemento “Generación”, que descubrió rutas nuevas en la literatura y en el arte, y valores que hoy son noble acento de la inteligencia nacional. Y lo hizo sin reparar en que ideológicamente estábamos separados por conceptos fundamentales, a los cuales no íbamos a renunciar ni él ni yo. Fue la primera lección de convivencia y de respeto a la libertad de pensamiento que recibí, pragmáticamente.

He recordado estas ataduras para señalar mi regocijo interior y declarar, a la vez, mi confusión. No es fácil, con la cercanía de los

actos de un hombre —que además está influyendo en la vibrante y apasionada vida política colombiana— hacer una estampa, sin que quieran desvirtuarla en su contenido de justicia los accidentales y beligerantes enemigos. Pero lo intentaremos, sabiendo que, además, contrariamos el espíritu de Gómez Martínez, libre de esa vanidad explosiva de muchos de quienes andan detrás de los júbilos —no ilesos— de la tropical audacia política.

Pero esto nos permite aclarar una posición universitaria. Se le está entregando este título no por su sitio dentro del ajeteo de la política o de la vida administrativa. Se le otorga porque es una respuesta que da la Universidad Bolivariana a sus calidades esenciales: a las humanas, a las intelectuales, a las cívicas. Fernando Gómez Martínez, libre de toda investidura en el periodismo, en el gobierno o en la misma cátedra universitaria, es un maestro. Por su además cristiano, por su limpio y recto criterio democrático, por su inclinación hacia las cosas que dan asiento fundamental a su existencia: la familia, las letras iluminadas, los cuadros que recogen las expresiones de arte. Porque su actitud es de enseñanza que se entrega sin deseos de imposición, sin intransigencia doctoral. Nace del hecho de ejercer ese difícil y complicado arte de vivir. El lo ha hecho en una identidad muy singular entre lo que piensa y sueña, con lo que hace, escribe y enseña. Y eso le ha dado autenticidad. Y realmente es lo único que el discípulo exige al maestro.

Pero, además, los escolares, seguidores o partidarios, le van descubriendo sus más esenciales condiciones vitales a Fernando Gómez Martínez. Y lo tienen que hacer así, en hallazgo, porque él no las predica, ni las enuncia, ni las pone de cartel en la entrada de su existencia. Para él son así, indubitablemente, porque están en su raíz humana. Pero no puede ocultarlas tampoco. Van emergiendo como son. Su rectitud sin disfraces, ni arandelas. Simplemente cada acto es así, porque lo concibió rectilíneo desde la hondura de su ánima. Y se prolonga en hechos, con un nuevo linaje: la serenidad. El no vacilar cuando hay claridad interior. Cuando ya lo que era accesorio, cedió ante lo fundamental. Y no hacer nada con alarde, sino con la medida inalterable de lo que se concibe justo. Esto le da una entidad a su carácter, que no tiene explosivas fuerzas en la expresión. Al contrario, son de discreta aparición, de una mesurada y fina marcha intelectual. Parece que Fernando Gómez Martínez haya querido eliminar de su vida lo trulento, para alcanzar una zona de sensatez y de moderación.

Ello se refleja en su obra, en la política, en la intelectual, como las constantes más eficaces de su presencia ante la sociedad. Donde ha ejercido más largo apostolado es en el periodismo. Y allí aparece muy claro y preciso el juicio; muy identificado el aletear interior con lo que queda en las palabras rectoras de la comunidad. Su estilo de escritor es fluido sin abundancia que ofusque ni invada, borrascosamente, la inteligencia o sensibilidad del lector. No hay barroquismo en su prosa. El ha buscado la mayor economía en los elementos que la integran. Es lógico que aparece dúctil para afrontar los diversos y espinosos materiales que le toca encarar. Ello es apenas la consecuencia de ese ejercicio del diarismo que nos pone frente a la abierta inquietud

tud del universo. Su prosa señala su actitud íntima: hay una seguridad en lo que afirma. No hay vaguedades. Su posición no es intransigente, pero es severa la opinión en cuanto a las tesis que ya descubrió su raciocinio como las más acertadas para la patria, para su partido, para el destino de la sociedad.

Ahora mismo lo acaba de ratificar como ministro. Cuando concibió una política, la afrontó sin vacilaciones. Y le dió a las relaciones internacionales un acento de anti-maquivelismo. Las expresiones no le sirvieron para esconder la realidad, ni para menguar el significado de lo que se pretendía. Fueron de directa y clara precisión. Ellas revelaban una postura política sin ambigüedades. La diplomacia, en sus frases, no tuvo un incierto planear. No hubo el cálculo, ni el suspicaz raciocinio. Se ha dicho que la diplomacia consiste en el arte en el cual las palabras cumplen el extraño designio de esconder la realidad. En Fernando Gómez Martínez no se hizo presente ese sutil significado. Al contrario, él irrumpió contra el astuto sistema tradicional. Y dijo su verdad como lo hace aquí, en el diálogo cordial, en la cátedra, en el editorial: sin maquiavélico cálculo, sin falaz desvío.

Pero este título se le entrega por algo más: por su actitud humana. En ella se han acendrado unas virtudes que se van identificando con aquellas que han sido las más hondas y características del ancestral antioqueño. Sin actitud gazmoña ante el mundo, aceptar que éste tiene su mejor centro en torno a una familia donde emergen, limpiamente, los sentimientos del corazón en claras voces de amor. Y ser, entonces, un pater-familias lleno de dulzura para hablar a la compañera, que ha ayudado a labrar el contorno pulido y la estructura firme de la existencia, sin olvidar que el guiño de los ojos tiernos debe estar cerca de la emoción de los hijos. Y sin renunciar a todos los goces, aceptar que ciertos principios esenciales del deber, del honor, de la severidad, de la rectitud, dan más firmes y fecundos placeres que los tumultuosos afanes de la pasión y de la querrela. Admitir, humildemente, que no puede exigirse nada ni a la especulación, ni al abuso del poder personal o político, ni al exceso de apremio individual. Y que hay que estar cerca del esfuerzo constante y diario, del desvelo cotidiano para lograr algo en el reparto de los dones de la vida. Es decir, que vivir es un ejercicio de honda y noble paciencia, apegado a unos cánones cristianos, que custodian la existencia dándole dimensión y alegría en la faena creadora. Frente a la vida se tiene una decisión, una actitud, una conducta. Pero se puede inclinar el corazón al perdón, al olvido magnánimo. La inteligencia logra una comprensión abierta de los actos de los hombres. Quizás se llega a un fino escepticismo frente a los demás, conservando una severidad interior ante sí mismo. El hombre se administra sin permitirse blanduras, ni complacencias abiertas. Pero las puede tener para con los demás en benevolencia humana. Así ha ido conformando, por cierto, su existencia Fernando Gómez Martínez.

Y conservando ese tradicional apego antioqueño, él ha custodiado la heredad entrañablemente. Lo esencial ha sido el culto a su tierra primigenia. A su Santa Fé de Antioquia. Que es como decir al origen de la raza. Y al comienzo de la libertad y de la democracia. Como también, al mejor acento de la tradición. Y por ese camino se ha

ido ensanchando su posición: de gran vigilancia sobre todo lo que concierne a Antioquia la grande: su vida agrícola y minera inicialmente; su labor colonizadora, después; su conquista del mundo industrial, más adelante, con sus raíces extendidas por toda la república. Ha sido una manera, además, de amar más honda y fielmente a Colombia. Con celo, con apasionado fervor, con desvelo filantrópico y mental —como lo hicieron y aún lo hacen los patricios antioqueños— así Fernando Gómez Martínez vigila y ampara la entrañable comarca colombiana.

No puedo olvidar hoy a mi profesor. En las modestas aulas de la Calle Caracas, recibíamos sus lecciones de Derecho Constitucional. Llegaba al filo de la mitad de la mañana. Con su breve figura; con sus anteojos que hacían más nítida su mirada; con la pausa y claridad en el acento de su voz; con un ademán suave y sin estridencias mentales, nos hablaba del Estado. A él le fuímc s aprendiendo cómo se integraba aquél; cómo estaba conformado para asegurar los derechos del hombre; cómo a veces tenía que intervenir —en lo nacional o en lo internacional— para proteger la libertad. Además, cómo un estado moderno no tendría respeto y audiencia entre sus integrantes, si éste no utilizaba su poder para lograr una eficaz y dinámica política social. Pero, claro está, como mejor nos adoctrinó Fernando Gómez Martínez fue con su ejemplo. Con su ademán; con su conducta ciudadana.

La Universidad Pontificia Bolivariana ha querido que sus profesores y sus discípulos sean reflejo de esas virtudes hondas que atravesaron o vivifican aún la conciencia de sus más señalados conductores. Que todos tengamos el alma acerada y abierta a la comprensión como Monseñor Manuel José Sierra. O la mirada de la justicia tan clara y espontánea como Juan Evangelista Martínez. O tan llena de encendidos cantos y de espigadas calidades ciudadanas como Baltasar Uribe Isaza. Y esto para nombrar algunos de los muertos ilustres y presentes en la emoción bolivariana. O tan dinámicos y creadores como el “Padre” Henao Botero, hoy Monseñor, a quien recordamos todos, así y, además, como uno de los que hicieron una apertura a lo social en nuestra Iglesia, convirtiendo esta posición en actitud creadora, en sus discípulos, en favor del pueblo colombiano. O tan rectos y amurallados de sentido ético y densos en conocimientos como Guillermo Jaramillo Barrientos. Para hablar de dos, nada más, de los símbolos de nuestros vivos.

Por ello hoy la Universidad, nuestra común Universidad Bolivariana, doctor Fernando Gómez Martínez, la del profesor y la del discípulo, se vuelven a encontrar al entregarle este título de doctor Honoris Causa, al pie de su nombre para proclamar con orgullo que su patrimonio espiritual y humano nos pertenece.